**Domingo XVII durante el año - Lc. 11, 1-13**

En el camino de seguimiento de Jesús que San Lucas nos viene proponiendo recorrer estos domingos, nos encontramos hoy con el pedido que los discípulos hacen al Maestro después de verlo rezar: *“enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos”*. Cada grupo en la época de Jesús tenía su modo de orar, que era lo que les confería identidad. Por eso le están pidiendo algo así como *danos un resumen de tu mensaje, de tu propuesta, para que sea nuestro modo de orar*.

Visto así, el Padre Nuestro nos ofrece hecha oración, una síntesis de toda la propuesta de Jesús manifestada en su modo de dirigirse al Padre con la confianza amorosa de los niños: Abbá; su pasión por el Reino, a través en tantos gestos y palabras sanadoras; su cuidado y atención a las necesidades de los más pequeños y heridos haciéndose prójimo, como el samaritano. Todo ello en la lucha y tensión que supone la presencia del mal en la historia, que provoca injusticias y rupturas y que Jesús experimentará a lo largo de su vida y asumirá hasta las últimas consecuencias, para regalarnos con su Resurrección esa fuerza de vida que puja por nacer y hemos de ayudar a transparentar en nuestra realidad.

 En Jesús, y por eso también en el Padre nuestro, lo de Dios y lo de los hombres y mujeres de todos los tiempos, con nuestras esperanzas y luchas, van íntimamente entrelazados. Porque lo llamamos Padre-Madre, es que nos abrimos a la conciencia de una hermandad que nos hace interdependientes, responsables unos de otros, caminantes en la misma caravana de nuestra común humanidad. Santificamos su nombre que es compasión y ternura cuando la hacemos visible y eficaz con tantos que quedan al borde del camino de la vida. Pedimos el pan de cada día trabajando para que algún día todos tengan el pan que necesitan para vivir dignamente. Nos abrimos a dar y recibir el perdón, porque nos sabemos destinatarios de una amor que no conoce límites a la hora de abrazar nuestros intentos tantas veces fallidos a la hora de entregarnos y compartirnos con los demás.

Que al rezar juntos el Padre Nuestro podamos abrirnos como comunidad a ese regalo que el Dios Abbá nos hace en Jesús: hacernos colaboradores cómplices de su sueño de fraternidad. Que podamos ayudarnos a recorrer ese camino arduo que va del *yo* a un *nosotros* cada vez más inclusivo. Y que lo podamos vivir en la confianza del amigo inoportuno que sabe que puede pedir e insistir con fe, porque, como rezamos también en comunidad cada domingo, sabemos que *Tú nos escuchas siempre Señor*.

*Carina Furlotti*